

ÁMBITOS TEMÁTICOS del Museo Diocesano Regina Coeli

Tras atravesar el vestíbulo en el que se encontraba el torno del convento, se accede al claustro, patio interior de tendencia herreriana que constituye el corazón del Museo. En torno a él se van desgranando las diferentes salas y ámbitos expositivos que explican en una visión plástica el devenir de la Iglesia en Cantabria durante los últimos 1300 años.

Los orígenes del cristianismo.

Se inicia el recorrido con la llegada del cristianismo a Cantabria, hacia el siglo VI, desde el sur, con la predicación de San Millán de la Cogolla en Valderredible y Santo Toribio en Liébana. La ermita rupestre de San Juan de Socueva, cerca de Arredondo, data del 660. En el siglo VIII, al iniciarse la reconquista, nuestra región comienza a poblarse con gentes venidas del territorio dominado por los musulmanes y se instalan en estas mismas tierras. A veces utilizan ruinas romanas, como la “villa” de Camesa, otras construyen ermitas, excavadas en roca arenisca, para mimetizarse con el paisaje y vivir la soledad. Es el fenómeno de las “ermitas rupestres”, que se extiende por la vertiente sur de la cordillera cantábrica y sus estribaciones, con monumentos singulares como Arroyuelos o Santa María de Valverde. Ya en el siglo X, una nueva oleada de emigrantes, los mozárabes, levantan iglesias de fábrica como Santa María de Lebeña o San Román de Moroso.

La arqueología medieval

Pero Cantabria va forjando su propia identidad con éstas y otras influencias, como parte importante del reino asturiano, por sus relaciones institucionales. Cántabro era el rey Alfonso I, que repobló nuestra región a finales del siglo VIII, dando ocasión a la revitalización de antiguos asentamientos romanos o la figura del monje *Beato de Liébana*, quien con su participación en la controversia adopcionista, defendiendo la ortodoxia católica frente al obispo Elipando de Toledo, que negaba la doble

naturaleza de Cristo, consiguió para Cantabria un lugar en la historia y el respaldo a sus tesis en el Concilio de Ratisbona, convocado por el emperador Carlomagno. Pero Beato es también el primer escritor de Cantabria. Su “Himno a Santiago”, en el que califica al apóstol como patrón de España, fue decisivo para sembrar un terreno propicio para el descubrimiento de su sepulcro tres décadas más tarde cerca de Iria Flavia. Pero su libro más decisivo fue “Comentarios al Apocalipsis”, (año 776) en el que trataba de explicar a los monjes el hermético texto de San Juan, no sólo con la palabra escrita sino también con ilustraciones –miniaturas- que llegaron a componer un repertorio iconográfico básico para los artistas románicos.

Cantabria se romanizó definitivamente en aquellos años, se escribía en latín y se cultivaba el arte de estilo asturiano, que a través de la herencia visigoda quería revivir el imperio. Excelentes muestras son las celosías prerrománicas de Perrozo y Enterrías, en la que aparece el nombre del autor, primer artista conocido, Anterus. Junto a ellas admiramos capiteles y modillones mozárabes, así como otros románicos y estelas funerarias, junto con una notable colección de cruces de cobre y esmalte, entre las que destaca de Piasca y un facsímil del libro de Beato.

Las órdenes religiosas

La evangelización de la región se produce a través de diversas instituciones que conforman la trama de un tejido religioso que sirve de base a la sociedad medieval.

Los primitivos monjes eremitas se organizan en comunidades que adoptan las reglas monásticas de San Fructuoso o San Benito, dando origen a pequeños y grandes cenobios, algunos de los cuales se transformarán a finales del siglo XII en Colegiatas.

Enseguida llegan los franciscanos, que se instalan en las nacientes ciudades, en las “Villas de la Costa”, y algo más tarde los dominicos. Ambos extenderán el culto a la Virgen. Ya en la Edad Moderna llegan los jesuitas, carmelitas y demás órdenes que tratan de imponer los principios del Concilio de Trento en una región todavía deudora de prácticas ancestrales tachadas en muchas ocasiones de paganas.

Además del Seminario diocesano de Corbán, fundado en 1852, para la formación de sacerdotes, en Comillas se creó el 1892 por los Jesuitas la Universidad Pontificia. El sitial rectoral y nuncial y el gran lienzo de Santo Tomás de Aquino (réplica de Zurbarán) que regía el Paraninfo son muestras de ello, junto con dos notables cobres de San Francisco Javier y San Juan Nepomuceno, evangelizador el primero y gran devoción institucional en las Indias.

El Camino de Santiago

Las peregrinaciones fueron un vehículo de intercambio de culturas y modas desde los primeros siglos de la Edad Media. Sabemos que un cántabro marchó a Francia para visitar la tumba de San Martín de Tours. Pero enseguida fue la tumba de Santiago la que acaparó las mayores afluencias de fieles. Y el camino más recto y rápido era el de nuestra costa, antes de que quedara la meseta liberada de los musulmanes. Testimonios documentales del siglo XI y XII confirman que por Santillana pasaba la ruta hacia Compostela, vía Oviedo, donde los peregrinos visitaban la basílica de El Salvador, por aquello de que “quien va a Santiago y no al Salvador, visita al criado y no al Señor”. Recientemente se ha declarado Patrimonio de la Humanidad este “Camino del Norte o costero”.

El realismo gótico

En el claustro alto se inicia un recorrido diacrónico de la evolución del arte religioso desde el siglo XIII, a través de los estilos artísticos que representan épocas diversas en cuanto a mentalidad y religiosidad. Las imágenes de la Virgen con el Niño, en diferentes actitudes fueron muy populares al igual que los santos, a los que se encomendaban ciudadanos y villanos, sin olvidar otras devociones más peculiares, como los Reyes Magos. La pintura flamenca del siglo XV aportó un mayor grado de realismo, dotado de una extraordinaria belleza a las representaciones sacras, de las que son ejemplos el San Miguel, del taller de Hans Memling o el San Jorge, hispanoflamenco de Burgos. Los retablos comienzan a

ocupar los altares para relatar la vida de Cristo o de los santos, como el pictórico de Ojedo o el pequeño pero excelente de esmaltes de Bejorís.

El arte popular.

La representación de imágenes de los santos más devocionales se acrecienta afines de la Edad Media y sobre todo a partir del siglo XVI en que Cantabria sufre sucesivas pestes y desgracias que impelen a las gentes a venerar a los “santos de las necesidades” o taumaturgos, como San Roque, San Sebastián, San Antón y San Miguel. Los realizadores son artistas regionales o artesanos comarcales que tratan de superar su falta de técnica con una fuerte la expresividad.

La música.

El canto y su acompañamiento instrumental fue siempre relevante en los oficios litúrgicos. Se han conservado páginas sueltas de Rituales y Breviarios de los siglos bajomedievales, con notación aquitana y cuadrada. Aunque en algunas colegiatas y en la catedral hubo capillas musicales con instrumentos, fue el órgano el instrumento musical más difundido, en monasterios, conventos, santuarios y parroquias de cierta importancia, para solemnizar el culto. Actualmente se vive un momento de renacimiento del órgano en nuestra región. Desde finales del siglo XIX se utiliza también el armonio en las pequeñas parroquias que no tienen recursos para adquirir un órgano. Otros instrumentos populares que sonaban en los templos durante la Semana Santa eran las carracas y matracas.

El rito de la muerte.

El afán de perdurar materialmente y en la memoria posterior se expresa en los monumentos funerarios, con el bulto del difunto labrado en piedra o en madera.

Se inician en la época gótica y de ellos es una clara muestra el de don Pedro González de Agüero, señor de Trasmiera, que vivió en el siglo XIV,

con sus atributos : la espada, el halcón, alusivos a la nobleza y el perro a los pies, símbolo de la fidelidad.

El retablo.

Esta estructura de madera que se colocaba detrás del altar (*retro-tabulae*) es una de las aportaciones más peculiares del arte hispano al patrimonio europeo. Desde finales del gótico hasta el siglo XIX se observa una evolución continua y variada que tiene su auge entre los siglos XVI al XVIII. Cantabria, cuna de buenos artesanos, por ser el trabajo en madera y oficio tradicional, tanto en la construcción de viviendas como en la carpintería de ribera, fue cuna de numerosos talleres retablistas no sólo en nuestra región, sino que se extendieron a las regiones limítrofes.

Artífices canteros

También la construcción era un oficio tradicional y era habitual que nuestros artesanos de los valles centrales y de las comarcas de Trasmiera y Voto saliesen hacia Castilla en primavera para trabajar en grandes construcciones, regresando en invierno. Algunos adquirieron gran fama y fueron maestros mayores de las grandes catedrales tardogóticas -Palencia, Salamanca, Segovia, Plasencia, Astorga- de los grandes edificios del Renacimiento, como El Escorial, siendo promotores y difusores de las corrientes clasicistas y barrocas castellanas barrocas. Algunos trabajaron en Portugal y en América.

El Barroco.

El Concilio de Trento concedió una gran importancia al culto a las imágenes, frente a los protestantes. La imagen religiosa debía ser realista y expresiva, de manera que motivara al creyente a la oración, a la devoción y a la compasión. A través de la imagen se transmitían los dogmas, pero también servían para suplicar apoyo y protección en la adversidad (imágenes devocionales). Los templos se llenaron de esculturas y pinturas, que servían de intermediarios entre los fieles y Dios y de objetos litúrgicos de calidad y materiales nobles, que dignificaron y solemnizaron el culto.

Aunque muchas obras pertenecen a talleres regionales, otras vinieron de Castilla o de Andalucía, realizadas por afamados artistas, como Gregorio Fernández y Martínez Montañés. Adquiridas por las parroquias o donadas por benefactores.

El arte colonial.

Conservamos una extraordinaria colección de obras aportadas por los “indianos” a sus parroquias de procedencia, como signo de su orgullo y para la salvación de su alma. Desde Filipinas llegaban, vía Méjico (Galeón de Manila-Acapulco), los marfiles, los tapices de seda y las conchas de nácar, mientras que la platería era trabajada principalmente en Méjico y Perú. Poseemos los marfiles indianos más grandes (Cristo y San Miguel), así como excelentes custodias de plata dorada con decoración de esmaltes, de talleres cuzqueños y cálices, bandejas y sacras mejicanos. Cada uno lleva los punzones de procedencia: ciudad, platero, ensayador y quinto real.

Las devociones marianas.

Desde los inicios de Gótico, a finales del siglo XII asistimos al desarrollo de una intensa devoción a María a través de imágenes de la Virgen con el Niño, cuyo origen se ve rodeado de tradiciones y leyendas, que narran la aparición de María a pastores en montes, cuevas, árboles o prados, encomendándoles la tarea de construir un templo, o el encuentro de la propia escultura en condiciones milagrosas. Ello da ocasión a que se construyan pequeñas ermitas que con el tiempo, en la época barroca principalmente, se transforman en santuarios, a los que llegan los peregrinos en busca de protección y curación para sus males. Las creencias populares se consolidan en torno a ellos y surgen cofradías para sustentar y difundir su culto y atender al auxilio mutuo.

Las advocaciones marianas son diversas y se relacionan con el medio económico o físico en el que desenvuelve la vida de los fieles.

Entre los ritos sobresalen las romerías y las procesiones en torno al propio santuario, y se enmarcan dentro del carácter festivo de la religiosidad popular.

La platería.

Escasa ha sido la aportación de Cantabria al arte de la platería religiosa, aunque sabemos que desde finales de la Edad Media existían talleres en las principales villas de la costa. En el siglo XVI se consolidan en Santander y Laredo y en el XVIII son importantes los plateros instalados en Cartes y Riocorvo.

Sin embargo sí poseemos abundantes obras foráneas, predominando las que llegan de Burgos, sede del obispado del que dependía nuestra región. Cálices, píxides, cruces y custodias son adquiridos en talleres de afamados plateros burgaleses, como la cruz procesional de Castro Urdiales, realizada por Juan de Horna, autor así mismo de la otra similar para su catedral. También han llegado obras procedentes de otras regiones, como Cataluña (el copón de castro Urdiales, del siglo XV) y de Andalucía, sobre todo en la época barroca.

Junto a ellas podemos admirar los demás objetos litúrgicos complementarios, como las crismeras, vinajeras, atriles y sacras que adornaban los altares.

Otras dependencias.

El Taller de Restauración. Creado en 1971, está regido por MM. Clarisas que habitan en el convento contiguo (anterior de MM. Dominicas). En el Museo también poseemos un taller propio para las conservaciones o restauraciones tanto de obras artísticas como de instrumentos musicales; órganos y armonios.

La Capilla. La antigua capilla y el coro de las monjas cumple la función divulgadora del patrimonio diocesano a través de exposiciones, conferencias, conciertos y demás eventos educativos y culturales. Posee un amplio conjunto de retablos de diversas épocas y estilos así como diversos instrumentos musicales, que se utilizan habitualmente para los conciertos.